

sus hijos, encontró valiosa ayuda en sus antiguos compañeros de aula, quienes contribuyeron con su apoyo al ascenso de Napoleón hacia los altos destinos que le estaban reservados, pues la carrera del grande hombre se inició en Córcega, entre las turbulencias que estallaron en Francia entera entre el antiguo régimen y el instaurado por la revolución de 1789.

Carlos Bonaparte terminó brillantemente la carrera de leyes, y después de graduarse de doctor regresó a la ciudad natal, adquiriendo honrosa reputación entre sus convecinos por su agradable y simpática elocuencia. Los fieles labriegos de los cantones de Bocognano y



Carlos Bonaparte, padre de Napoleón.
(Copia de un cuadro al óleo.)

Bastelica visitaron a Carlos, quien los recibió con señorial afabilidad, dejándolos entusiasmados como nunca. Muy luego los padres de Carlos trataron de proporcionarle ventajoso matrimonio, pues todo les parecía poco, dadas sus eminentes cualidades y su cuantiosa fortuna, y así pusieron la mira en las ricas herederas de la ciudad para elegir la que mejor correspondiese a sus esperanzas. Pero Carlos desbarató estos planes eligiendo por esposa, sin otro consentimiento que el de su corazón, a la joven Leticia Ramolino, de apenas catorce años de edad, diputada como la más hermosa y de mejor crianza entre todas las de la ciudad.

Antes de su matrimonio había Carlos trabado conocimiento con el general Paoli, quien sabedor de la consideración en que los ajaccianos tenían al joven abogado, quiso verle y advirtió con placer que era tan excelente patriota como cumplido caballero y elocuente orador. Así fué que de regreso de un viaje que Carlos hizo a Italia le retuvo Paoli algunos días en Corte,

capital de la isla, y no le dejó partir hasta recabar de él la promesa de que iría a establecerse en Corte con su familia, pudiendo contar desde luego con un cargo importante en la administración insular. Leticia, apoyada por toda la familia, lamentó amargamente el proyecto de su marido, pero Paoli ejercía demasiada influencia en el ánimo de Carlos para que éste se dejara enternecer por los ruegos de su esposa, y partió solo. Algún tiempo después fué Leticia a reunirse con él. No tardó Carlos en prevalecer sobre sus compatriotas. Su elocuencia tornóse vehemente y le sirvió para persuadir a las muchedumbres a tomar resoluciones convenientes al porvenir del país.

En tales circunstancias sobrevino la intervención francesa, según dijimos en el capítulo primero. Carlos dió en rostro a los acontecimientos, y cuando los corsos, indignados, supieron que Francia y Génova habían estipulado la cesión de Córcega, fué uno de los que creyeron deber ineludible la resistencia a toda costa. Reunida por Paoli la Asamblea general de la isla para decidir si pelear ó someterse, Carlos habló después de Paoli, pronunciando la siguiente alocución:

« ¡Valerosa juventud corsa! Todas las naciones que aspiraron a la libertad, estuvieron expuestas a las grandes vicisitudes que determinan el triunfo de los pueblos. Otros, menos valerosos y pujantes que el nuestro, consiguieron a copia de constancia el gran fin que se proponían.

» Si el anhelo bastase para lograr la libertad, todo el mundo sería libre; mas para ello es preciso que la perseverancia supere todos los obstáculos. Rara es entre los hombres esta virtud, y a quienes la poseen se les considera como semi-dioses.



Estatua del patriota Pascual Paoli, en Corte.
(De fotografía reciente.)

» Los derechos y la condición del hombre libre son demasiado dignos de estima para que las palabras puedan encarecer su importancia, y así me ciño á recordaros que excitan la envidia y admiración de los más grandes patriotas.

» Quisiera equivocarme, pero creo que la mayoría de los que se disponen á atacarnos, intentan borrar del mapa á una nación cuyo



Leticia Ramolino, madre de Napoleón.
(Copia de un cuadro al óleo.)

ánimo supera á su fortuna y que parece echar en cara á Europa su indiferencia para acrecentarle la vergüenza de adormecerse al rumor de sus cadenas.

» ¡Valerosa juventud! He aquí el momento decisivo. Si no triunfamos de la tempestad que nos amenaza, se hundirán nuestro nombre y nuestra gloria. En vano habremos demostrado hasta ahora sentimientos heroicos; en vano habrían combatido nuestros padres por la libertad, transmitiéndonosla á costa de su sangre. Todo se perdería. ¡Pero no!

¡Oh sombras augustas de tantos héroes que moráis en el inmortal templo de la gloria! No tendréis por qué avergonzaros, pues vuestros hijos heredaron vuestro valor y vuestra virtud, y han tomado la inquebrantable resolución de seguir vuestro ejemplo. ¡Serán libres ó sabrán morir!

» Si hemos de creer á nuestros enemigos, tendremos que habérmolas con las tropas francesas. Pero no podemos convencernos de que el rey cristianísimo, mediador entre nosotros y los genoveses, que conoce la justicia de nuestras quejas, vaya ahora á tomar por suya la querrela de la república para exterminar á un pueblo que siempre esperó en su protección. Mas si el Destino ha dispuesto que el mayor monarca del mundo deba entrechocar sus armas con el infimo pueblo de la tierra, no podemos menos de sentirnos orgullosos por ello. En tal caso, estamos seguros de honrosa vida ó de gloriosa muerte.

» En cuanto á los que no tengan el valor de dar en rostro á la muerte, no han de inquietarse, pues no van á ellos estas palabras, sino á los hombres de corazón ó los de veras valientes. A vosotros os toca mostráros dignos de vosotros mismos y del nombre que lleváis.

» Dícese que ejércitos extranjeros vienen á correr los riesgos de la guerra en protección de los intereses y de las injustas ansias de la república. Y nosotros, que peleamos por nuestros propios intereses, por nuestras personas y por nuestros hijos; nosotros, que hemos de defender la honra y el nombre de nuestros padres, ¿titubearíamos ni un momento en exponer la vida?

» Todos estamos convencidos, ¡oh valerosa juventud!, de que vuestro valor no nos consentirá sobrevivir á la pérdida de la libertad. Exceded con vuestra diligencia á la general expectación y enseñad á nuestros enemigos que no les será fácil realizar sus criminales intentos. ¡Vivid felices para la patria y para vosotros mismos!»

Confiados y entusiastas se pusieron los corsos en campaña, y sabido es cuán desastroso fué el resultado. Después del vislumbre de esperanza que les dejó entrever la batalla de Borgo, no tuvieron más remedio que someterse luego de la derrota de Ponto Nuovo.

Terminada la guerra, volvió Carlos á ejercer la abogacía en su ciudad natal. El conde de Marbœuf, que le apreciaba tanto como Paoli, brindóle su amistad; colmándole de atenciones. Carlos alimentaba en el fondo de su corazón el amor á la independencia nacional, por la que había trabajado más que nadie; pero tuvo el buen criterio de comprender que después de la partida de Paoli era imposible la lucha y que mejor valía entenderse con los franceses que malograrse inútilmente en vanas resistencias.

Carlos accedió, pues, á las solicitudes del gobernador de Córcega, y establecido el trato de amistad, le propuso Marbœuf que recabara del gobierno francés pensiones, en las academias militares, para sus hijos José y Napoleón. Elegido diputado por la nobleza corsa, valióse de poderosas recomendaciones para resolver algunos asuntos de familia, especialmente una herencia, que le obligó á frecuentes viajes y numerosas instancias sin lograr su objeto. Aprovechó Carlos estas coyunturas para ir á Montpellier y consultar con los médicos de la facultad acerca de la dolencia que le aquejaba. En aquella pobla-

ción estaba cuando, en respuesta á sus instancias y en ocasión de habersele recrudecido la enfermedad, ordenó el gobernador á las autoridades de Ajaccio que pusieran á Carlos en pleno dominio de la disputada herencia. Tarde, sin embargo, llegó la orden, porque Carlos acababa de expirar en brazos de su hijo José, con quien luego se reunió un sacerdote, cuñado del difunto, profesor del seminario.

PLANO DE AJACCIO Y SU CIUDADELA EN LA ÉPOCA DEL NACIMIENTO DE NAPOLEÓN (1769).



- | | |
|-------------------------|------------------------------|
| A. Muelle. | G. Bastión del Diamante. |
| B. Plaza del Muelle. | H. Casa Bonaparte. |
| C. Puerta de la ciudad. | I. Convento de los Jesuitas. |
| D. Seminario. | J. Catedral. |
| E. Torre Espinola. | K. Oratorio de S. Juan Bta. |
| F. Id. San Jorge. | L. Palacio episcopal. |

CIUDADELA

- | | |
|------------------------------|-------------------------|
| 1. Bastión de Sta. Bárbara. | 4. Reducto de S. Juan. |
| 2. Semi-bastión de S. Lucas. | 5. Bastión pequeño. |
| 3. Id. de S. Marcos. | 6. Reducto de S. Mateo. |

tremendo fué el golpe aquél para Leticia, cuyas eximias cualidades le permitieron sobreponerse á la desgracia pensando en su numerosa prole. Había tenido trece hijos, de los que vivían cinco varones y tres hembras.

Leticia era hija de Juan Jerónimo Ramolino, inspector general de caminos y puentes durante la dominación genovesa. Teníanla, si no por la más rica, por la más hermosa heredera de Ajaccio; aunque, como todas las muchachas de su época, era ignorante y no paraba mientes en las letras, dedicándose, por el contrario, al cuidado de la familia y de los intereses de la casa.

Los historiadores, y particularmente Arturo Chuquet, refieren que Leticia no pudo nunca desterrar de sus labios los modismos ita-

lianos y corsos, que á menudo se le escapaban, aun cuando vivía en la corte imperial. Pero tocante á energía, ninguna entre las de su sexo la superaba. Estando encinta de Napoleón, después de la derrota de Ponte Nuovo, había acompañado á su marido en la fuga, y con varios otros patriotas buscaron asilo en las inaccesibles montañas de Rotondo, á la altura de 2.000 metros, en donde vivieron miserablemente, expuestos á la intemperie. Ni por un instante desfalleció su ánimo á pesar del estado en que se hallaba, y cuando creyeron oportuno volver á Ajaccio, tampoco desmayó en la marcha por aquellas escabrosas y empinadas sendas. Iba á pie la mitad del camino, llevando á José en brazos, y cuando el cansancio la rendía, montaba á caballo. Al pasar el impetuoso torrente de Siamone, tropezó la cabalgadura de Leticia, y su marido y los guías, que ya estaban en la margen opuesta, se echaron al agua para auxiliarla; pero como llevaba á José en brazos, antes que saltar del caballo intentó levantarlo, consiguiéndolo sin necesidad del socorro de los suyos.

El mismo Paoli, con quien ella se mantuvo firme en cierta cuestión, la comparaba á las heroínas de la antigüedad. Los historiadores la tildan de avariciosa, pero este vicio tenía en ella nobilísimo objeto, y algunos confiesan que no era tal avaricia sino previsión. La deslumbradora fortuna de sus hijos no la ofuscó en modo alguno, y su maternal corazón comprendía que bien pudieran mudarse de pronto los vientos de la suerte, pues jamás pensó que fuese duradera tan colosal fortuna. Había pasado temporadas de penuria y las recordaba. El modesto bienestar de la familia Bonaparte no impidió que en algunas ocasiones se viese en apuros pecuniarios y obligada á recurrir á sus parientes. Así, temía la vuelta de aquellos terribles períodos y ahorra sin cesar las pensiones que le concedía su imperial hijo. Prueba de que esto era previsión y no avaricia es que después de la abdicación de Fontainebleau puso Leticia á disposición de su hijo la fortuna que tan lentamente amasara, y lo mismo hizo cuando, á la vuelta de Elba, se disponía Napoleón á recorrer en triunfo el camino de Paris.